

Jane Austen, fidel a sí misma

Beatriz Espejo

Autora de novelas excepcionales como Orgullo y prejuicio, Emma y Mansfield Park, entre otras, Jane Austen es una de las novelistas más influyentes de la literatura inglesa. Beatriz Espejo explora la vida y exalta la obra de la escritora británica, reconstruye el ambiente en el que se desarrolló su existencia y nos descubre a una artista que se mantuvo siempre al margen de las modas literarias de su tiempo.

Esta hija del rector de Steventon, en Hampshire, a quien los británicos consideran entre los grandes novelistas clásicos del idioma inglés, fue un extraño fenómeno literario, incluso más si consideramos su época y sus circunstancias. Nació en 1775 y murió en 1817 a resultas de una enfermedad motivada, según algunos estudiosos, por conflictos emocionales que ahora se ha diagnosticado como el mal de Addison, graves trastornos de las vías urinarias cuando no se produce cortisona. Nada relacionado con la depresión. Su corta vida, corta conforme a los patrones modernos, tuvo pocos momentos relevantes o por lo menos eso se ha creído. Descartando ocasionales viajes a Londres que aparecen en varias páginas de sus novelas, vivió monótonamente en la paz rural de la provincia interrumpida por trajines domésticos y numerosas visitas de cortesía a sus parientes y vecinos. Visitas que a juzgar por sus obras y su correspondencia podían durar semanas y hasta meses.

Pero resulta casi increíble para nuestro tiempo de comunicaciones electrónicas su austera lejanía y aislamiento del exterior y su indiferencia de lo que pasaba en el mundo. En una notable introducción fechada en 1959, para la serie Nuestros Clásicos de la Universidad Nacional Autónoma de México, a *Orgullo y prejuicio*,

Carlos Fuentes, de treinta años y con su visión internacional, se sorprende de que Austen no mencionara los acontecimientos políticos del momento: la independencia de los Estados Unidos, las luchas iniciadas por el mismo propósito en América Latina, el inicio de una era industrial o la Revolución francesa que alteró la faz de Europa y cortó tantas cabezas y de la que forzosamente debió enterarse por alianzas familiares, un hermano suyo que se casó con una francesa viuda de un aristócrata guillotinado, el conde de Feuillade, y la circunstancia relevante de que otros dos servían en la marina y llegaron a ser uno almirante y otro contralmirante. El señalamiento de Fuentes es un tanto patriarcal y revela sus propias tendencias, pero ilumina circunstancias difíciles de juzgar si no recordamos las complicadas formas de relación existentes, el desconocimiento de la electricidad y la ausencia de carreteras que convertían en verdaderas odiseas ir de un pueblo a otro por sendas lodosas propicias para los accidentes, ruedas de transportes metidas en zanjas, ejes rotos o animales desherrados.

Los temas que Jane Austen trató fueron intimistas, como el de muchas escritoras posteriores, e intentar salirse de ellos para extenderse a trajines mundiales hubiera sido un pegote, puesto que poco entendía sobre esos

asuntos. Jamás habló de los pobres, salvo de los pobres de espíritu, por lo que también ha sido criticada. Es una muestra relevante de aquellos escritores que sólo enfocan lo que conocen. Trató lo que la inquietaba a fondo y las ocupaciones que estaban al alcance de su diario acontecer. Los problemas económicos enfrentados sobre todo por su sexo, las diferencias existentes en una sociedad clasista y colonialista, las minucias de la etiqueta, los noviazgos, los matrimonios convenientes de ser posible, las esperanzas infundadas o justas, las ambiciones, los prejuicios, las rutinas de ir y venir a lugares cercanos en los que, como dije, se invertían varias horas traqueteadas en carruajes de postas o diligencias, los chismes, los consuelos y atenciones hacia amigos enfermos, las preocupaciones locales, la alegría ante el arribo de militares a los que en lugar de celebrar por sus batallas se consideraba en función de sus coloridos uniformes que alegrarían las reuniones. Cualquier motivo de entretenimiento que ocupara los días llenaba las páginas de Jane Austen. “Retrataba la sociedad burguesa sin desnudarla”.¹ Al releer sus novelas se concluye que el monto de las fortunas y por tanto la renta mensual de la que podía disponer es un tema que constantemente puso en claro, tanto como los rasgos físicos y las cualidades de sus personajes. Esa preocupación fundamental por señalar comodidades cotidianas se extiende a lo largo de su quehacer, y quizá más insistentemente en *Sensatez y sentimientos*. Pero los ejemplos en este sentido abundan y podrían traerse para ilustrarlos a dos protagonistas de *Emma*: la señora Elton deslucida ante la señorita Woodhouse no sólo por su verborreica, locuaz e impertinente conversación sino por poseer diez mil libras de renta ante las treinta mil de su interlocutora. ¿Y aparte qué galán preferiría el apasionamiento ante la posibilidad de casarse con la rica heredera de cincuenta mil libras al año? Le permitiría tener un tren de vida a su gusto con grandes mansiones, parques, bosques, partidas de caza, caballos lustrosos persiguiendo zorros en medio de jaurías ensordecedoras, carruajes, caprichos de toda índole y un lugar preponderante en las reuniones donde seguiría ejerciendo su indiscutible encanto. En otro texto, Willoughby está enamorado de Marianne que le corresponde con inusitada pasión hasta llegar a las fronteras de la muerte, pero una juiciosa balanza le permite establecer el peso de ese cariño contra sus deseos de llevar una existencia placentera. Luego de algunas dudas decide casarse con una muchacha celosa y de mal genio que le dará oportunidad de mantener lujos y despilfarros. La misma mecánica ocurre en casi todos los casos, con la honrosa y heroica excepción de Edward Ferrars



Jane Austen

quien desdeña a la hija de un Lord para unirse a la sensata Elinor en busca de placeres tranquilos y delicados, convencido de que la felicidad y la estabilidad se cogen la mano.

El amor suele aparecer como un sentimiento muy emparentado a los convencionalismos sociales y las posiciones prácticas, circunstancias que verdaderamente lo rigen, incluso sobre los insondables dictados del alma aunque existen siempre excepciones como la impetuosa Marianne ya mencionada y el enamorado Darcy, que no pueden olvidarse y resultan entrañables.

Esta imagen del país concuerda con la filosofía de la Inglaterra victoriana a la que prefigura. Su costumbrismo y sus aventuras son fuentes de la novela inglesa del XIX. Las descripciones de la campiña, con sus lomajes suaves e intensamente verdes, su serenidad, su quieta belleza y los códigos de entendimiento impuestos reflejan qué hacer, cómo divertirse, cómo decorar una casa conjugando hospitalidad y elegancia, la fidelidad a la palabra empeñada que implicaba compromisos inviolables a menos de correr el riesgo de convertirse en un individuo de mala fama.

Las fórmulas educadas para llevar los diálogos están descritas espléndidamente y tales maneras rigen incluso entre los componentes de una misma familia que controla emociones y por lo general las mantienen en una línea de conducta acorde con la flema inglesa. Genera distancias, silencios inexplicables e incluso malentendidos que por otra parte permiten a la artista extenderse en el desarrollo de los acontecimientos recalcando actitudes basadas sobre todo en las apariencias. El respeto

¹ Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, introducción de Carlos Fuentes, Nuestros Clásicos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959, p. 14.

de los títulos es incuestionable y ante ellos se hacen reverencias, se quitan los sombreros y los aristócratas aceptan sin inmutarse tales homenajes seguros de sus privilegios. La amistad es tema fundamental. Los amigos surgen con lo bueno que conllevan, pero no se escogen demasiado, se aceptan como parte del destino y los condados en los que habitan y dentro de las tradiciones protestantes. Tocan la puerta, se presentan y son bien recibidos, conciertan una invitación, reciben otra y agrandan un círculo afable. La amistad suele mantenerse sin profundizar demasiado y sin herir susceptibilidades. Los sentimientos maternos tal vez únicamente surjan en la exacerbada preocupación de la señora Bennet por el futuro de sus cinco hijas casaderas, pero en los demás casos suele tratarse por encima y únicamente para criticar el pésimo comportamiento de algunos niños consentidos.

Jane Austen sabía que su situación no era privilegiada a menos que ocurriera el milagro que nunca ocurrió, capaz de romper las barreras de una dote interesante, pero se distinguía de otras contemporáneas de posiciones económicas y actitudes parecidas. Su inteligencia, su fina percepción y un talento nada común para convertir tales virtudes en materia de novelas donde entraba relatos la convertían en un caso excepcional. Virginia Woolf la juzgó como únicamente podía juzgar una espléndida prosista a otra. Señalaba que fue la primera que no quiso escribir como hombre y calificaba su arte “para personas mayores” por su criterio certero, su infalible buen gusto y su firme moralidad. Esos méritos no eran precisamente los de Walter Scott —el primero en darle lugar de honor entre los autores ingleses—, quien llevaría a sus propias narraciones históricas hasta la cumbre del Romanticismo, ni se embarcaba en el Realismo crítico de Dickens y Thackeray, que por cierto tampoco dejaron de lado la importancia del dinero. Muchos protagonistas suyos pasan las de Caín en orfanatos y cárceles para deudores o desempeñando tristes oficios al carecer de sustento.

Jane destinaba sus esfuerzos a equilibrar fondo y forma tocando ese costumbrismo adecuado a su manera de sentir y pensar, y llegaba hasta las playas de un Romanticismo naciente en el que todavía controlaba las explosiones sentimentales en pro de las buenas maneras y de una trama impuesta para el desarrollo de nutridos capítulos que los lectores encontraban de buen tamaño cuando las horas corrían despacio. Tres o cuatro familias de un pueblo le proporcionaban suficiente material. Elaboraba trabajos en los que iba cobrando un ritmo lento y minucioso. Su manguillo entintado trazaba frases sobre el papel como el artesano que da forma y ornato a los marfiles.

Fue el penúltimo parto de una prolífica señora que parió a siete niños más. Vivió en la rectoría de Steventon hasta los dieciséis, cuando su familia se trasladó a Bath.

Su padre, cansado de ejercitar dotes de maestro ante un grupo de alumnos en que seguramente estaba Jane, murió al año de un virus desconocido que se lo llevó en cuarenta y ocho horas, cuando no existía la penicilina; y ella pasó el resto de su existencia acompañando a su madre y hermana con la personalidad de una soltera tranquila que gustaba caminar por los alrededores de Southampton, Chawton, Godmesham, Brighton, Winshester y Hampshire, lugares que describe solazándose en los paisajes y en la transparencia y limpidez del aire; además de Bath, que incluso más que Londres le permitió encomiar la arquitectura de los edificios y los trajines de una ciudad grande. Su único retrato conocido no la envuelve en gasas blancas ni le presta un aura excepcional, la rescata con facciones agradables, atuendo medio campestre, cabello castaño peinado a la moda y desde el fondo de sus ojos parece explicarnos que no era la arrinconada hija del ministro anglicano rural como se le ha considerado sino una mujer capaz de afinar la mirada y extenderla para observar y enriquecer sus letras. Conocía cuestiones de etiqueta por constantes obligaciones y compromisos obligados en la buena convivencia; recordemos incluso que uno de sus hermanos contrajo matrimonio con la hija de un duque. Sabemos de sobra que esta casamentera en la imaginación irónicamente nunca se casó y sabemos también que su muerte sobrevino en Winchester cuando empezaba a cosechar los frutos de su pluma sin haber sentido interés por entrevistarse con escritores contemporáneos. No quiso asistir a una reunión en honor de Madame de Staël, la figura femenina literaria del momento que dejó guardada *Orgullo y prejuicio* por considerarla vulgar.

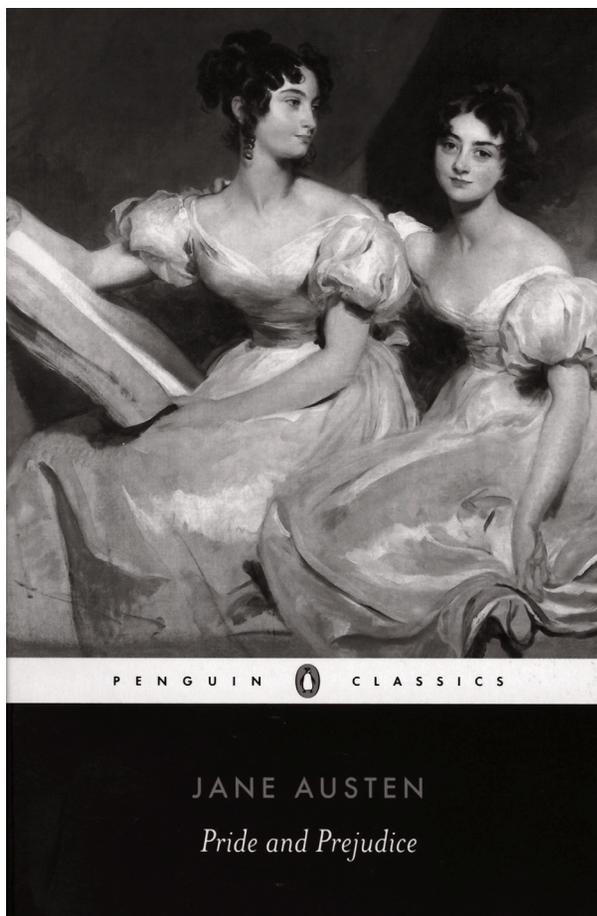
Su educación formal fue escasa. Se educó una corta temporada junto con su hermana dos años mayor, Cassandra, en Abbey School, mientras los varones de su familia asistían al St John's College de Oxford o la Royal Naval Academy. Tuvo además un hermano llamado George, enfermo de epilepsia desde la niñez y tal vez sordo y mudo que nunca tuvo lugar en el círculo íntimo y creció apartado, primero bajo la supervisión de sus padres y después de sus hermanos, y a pesar de eso su vida se extendió hasta 1838. Esa invalidez hizo que Austen no soportara tratar literariamente enfermedades mentales y jamás las mencionó en ningún pasaje, como si quisiera desechar las verdaderas tragedias que la existencia humana trae consigo y no fueran importantes sino las relacionadas con la falta de correspondencia sentimental. Nunca enfocó la muerte. La evitó escrupulosamente y los mayores contratiempos ocurren en su obra cuando Luisa Musgrove, en *Persuasión*, rueda por un monte y se tuerce un tobillo o cuando Marianne, en *Sensatez y sentimientos*, tiene un fuerte resfrío que la mantiene inconsciente.

Austen leyó por cuenta propia novelas góticas de las que se burlaba en *La abadía de Northanger*, trayendo a

cuento los textos de Ann Radcliffe o Fanny Burney tan vendidos entonces, cuando el tipo de escritores que los concebían hallaban numeroso público en la burguesía naciente que hinchaba los bolsillos de los editores. Estudió a Shakespeare, Fielding, Johnson, Crabbe, Fanny Burney, Scott, pero su fuente de inspiración auténtica era lo que la rodeaba sin desdeñar el estilo que seguramente aprendió a respetar en sus autores amados. Además de la lectura sus ocupaciones consistían en las que completaban la buena preparación femenina: coser, bordar, tejer y redactar cartas de las que se valían muchos de sus personajes para darse noticias mutuas y mantenerse al tanto de los sucesos, incluso los menos importantes. Tocaba el piano y cantaba, quizá no con habilidades sorprendentes. ¿Dibujaría algo? Probablemente sí. En sus narraciones Emma hace un retrato a la acuarela digno de enmarcarse y Elinor es una excelente dibujante lo cual le permite adornar pantallas; sin embargo, su hermana Marianne dice analizando la tímida personalidad de Edward: “Aparentemente la música apenas le interesa, y aunque admira mucho los dibujos de Elinor, no es la admiración de alguien que pueda entender su valor. Es evidente a pesar de su asidua atención cuando ella dibuja, que de hecho no sabe nada de esa materia. Admira como un enamorado, no como un entendido. Para sentirme satisfecha, esos rasgos deben ir unidos. No podría ser feliz con un hombre cuyo gusto no coincidiera punto por punto con el mío”.² Eran sin duda las opiniones de una joven de diecisiete años que termina casándose con un “viejo” solterón de treinta y cinco y que sin duda esperaba lo imposible. Desde la unión de Adán y Eva no hay pareja que desconozca la individualidad y las concesiones mutuas luego de extinguirse el ardor sexual.

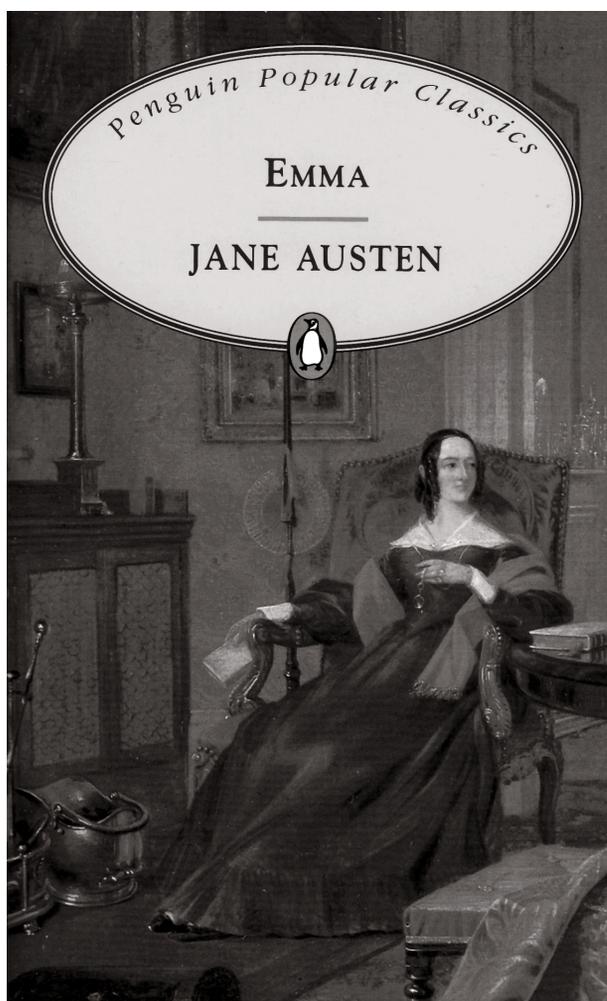
Jane se entretenía según era costumbre descifrando adivinanzas, charadas, cuartetos en verso, jugando partidas de *whist* o cualquier combinación de cartas sobre mesas que mandaban ponerse después del té y antes de la cena, donde servían cordero con verduras, fiambres o sopas calientes, jamón o pollo frío según las estaciones del año. Tomaba parte en representaciones teatrales caseras a las que probablemente la inducía su cuñada, se dedicaba al cuidado del jardín y asistía a *picnics* y bailes en los que se le adivina esperando que alguien viniera a invitarla para no permanecer en el grupo de las desdeñadas, ansiosa de que la oportunidad de ser elegida ocurriera lo más pronto posible y lograra danzar bajo la luz parpadeante de velas que inundaban candiles. Es decir que aparentemente ignoraba los extremos de la pasión o del sufrimiento que explora cualquier vida, y sin embargo transformaba sus “pequeñas” experiencias en pa-

² Jane Austen, *Sensatez y sentimientos*, traducción de Paulina Mata, Editorial Andrés Bello, España, 2000, p. 30.



sajes memorables llenos de palabras reiterativas y algo insulsas pero que han servido para innumerables películas y series de televisión ambientadas con exquisito cuidado. Calcan esos finales del XVIII y principios del XIX recreados por ella con singular maestría. Sus primeros escritos salieron firmados *by a lady*. Se conoce su manera silenciosa de elaborarlos en hojitas que podía esconder para causar la menor bulla posible y para que nadie se enterara de la tarea que realmente la absorbía. Carlos Fuentes aporta otro dato interesante al explicar que en el recibidor estudio donde Jane encontraba concentración había una puerta defectuosa. Se arrastraba al abrirla y ella impidió que la arreglaran porque el ruido le servía de anuncio para esconder sus papeles.

Lectora desde siempre, mi pasión por Jane Austen comenzó durante un Día del Niño en que las monjas de mi escuela organizaban funciones cinematográficas en algún salón con la amplitud suficiente para montar proyector y pantalla. Después de algunos cortos de Los Tres Chiflados, antipáticos golpeándose a más no poder y cometiendo montones de tonterías, siguió la primera versión, filmada mucho antes, de *Orgullo y prejuicio* con Lawrence Olivier y Green Garson, quienes encabezaban la lista de estrellas. Nunca he vuelto a encontrarla pero se me convirtió en una revelación objeto de mis persecuciones librescas. Finalmente la trama narra el siempre explotado asunto de una Cenicienta que consigue casarse con el príncipe al que ni siquiera hubiera



osado aspirar. La simbólica zapatilla de cristal fue la conciencia de su propio valer y la valentía para rechazar al candidato que al principio no se le declaró como debía arriesgándose a pagar cara tal audacia. La llamada novela rosa que en mi infancia hacía su agosto agotando tirajes destinados al público femenino, entre el que se contaban mis tías, tomó una y otra vez la misma temática y de ella nadie se acuerda salvo las antropólogas, ni consiguió otro mérito que el de volverse una serie melosa capaz de inflamar los anhelos inconfesados de las señoritas. Pero ahí radicó una de mis primeras lecciones. ¿En qué estribaba la abismal diferencia? La comparación parece anodina y aun me resulta ilustrativa. No sólo radica en la manera de tratar ese milagro del amor que Jane jamás tuvo sino en el inefable manejo del idioma que algunos juzgan demasiado endominado. También en la enorme capacidad para penetrar caracteres hasta conseguir una especie de galería, un mural por el que participan diferentes personas; en el talento para ahondar sensaciones y peculiaridades que los vuelven creíbles, por lo cual Austen acaba convenciéndonos de su admirado humorismo y sus facultades como retratista de hombres y mujeres (casi nunca de criaturas), atmósferas y panoramas. Ante nosotros, si por un lado desfilan bosques, riachuelos, parques, colinas, lodazales y muchos contratiempos provocados por las lluvias

de la campiña inglesa con sus caminitos mal trazados llenos de charcos y sin carreteras que facilitaran trasladarse en medio del fango, también circulan los Bennet, los Crawford, los Tilney, los Bertram, los Woodhouse y gran cantidad de figuras memorables que debieron inspirarse en conocidos atentamente observados.

A los quince años escribió a modo de entretenimiento escolar *Amor y amistad*, fragmentos de una novelita de intenciones satíricas que en opinión de quienes la han leído revelaba ya a la futura profesional. Se repite frecuentemente que tuvo dos periodos de efervescencia creativa. El primero más fresco y de más facilidad argumental ocurrió entre 1796 y 1798 al terminar el primer manuscrito de *Sentido y sensibilidad*, (o sea *Sensatez y sentimientos*) aceptado hasta 1811, y de *Orgullo y prejuicio*, con el título de *Primeras impresiones* rechazado y devuelto vía postal, por Cadell, editor londinense, y desde 1811 hasta su muerte cuando *Emma*, *Mansfield Park* y *Persuasión* se sucedieron rápidamente. Durante los intervalos hizo *La abadía de Northanger* y dos historias inconclusas *Lady Lucy*, 1805, y *The Watsons*, 1807. Lo cual no es despreciable para nadie. Sin embargo, sus estudiosos se demoran empeñados en encontrar una explicación obvia para ese supuesto silencio. Lo atribuyen a una carga familiar inclinada hacia deberes de estricta sociabilidad y tal vez a una desilusión ante el escaso éxito de los esfuerzos que ejercitaban su genio. Las cuatro novelas que publicó durante su vida le produjeron setecientos cincuenta libras nada despreciables pero insuficientes para alguien que le daba importancia a la necesaria independencia económica. Y aunque menos, se repara en algo a mi juicio perfectamente factible: la convicción de que había agotado sus asuntos y se repetía sin poderse superar a sí misma.³ Cosa comprobable en *Persuasión*, que es más de lo mismo aunque su estructura resulta impecable.

Pero la mente de un escritor difícilmente descansa y hay algunos que privilegian la última parte de su producción porque ahonda en las fallas y en las fragilidades humanas. Desde luego es una cuestión de opiniones. *Mansfield Park* nació de un tirón y salió en 1814. *Emma*, dedicada a uno de sus devotos admiradores, el Príncipe Regente, después de la incapacidad mental de su padre el rey Jorge IV y mejor conocido como el Príncipe de Gales, que tenía una colección de todas las novelas de Austen en sus diferentes residencias, se publicó en 1816. *Persuasión* y *la Abadía...*, revisada por su autora y por la que ya había recibido un anticipo, vieron la luz de la imprenta en 1818, después de su muerte. Todas fueron lanzadas sin grandes pretensiones. A menu-

³ En el índice biográfico preparado para la edición de las cartas, Deidre Le Faye deja constancia de que las novelas tuvieron nombres sucesivos antes de publicarse.

do plantean conceptos a propósito de diferentes cuestiones, pero nunca se empeñaban en imponerlos ni en moralizar. Según Octavio Paz, la novela es un hecho implícito sobre la sociedad. La enfoca. Y esa opinión me parece incuestionable como muchas otras suyas. Jane Austen demuestra la injusticia de las leyes inglesas que impedían heredar a las hijas y concedían el patrimonio familiar al pariente varón más próximo; revela las escasas oportunidades para subsistir decentemente que se les presentaban a las mujeres si no tenían oportunidad de casarse. Podían convertirse en damas de compañía o se refugiaban viviendo con algún pariente amable y quienes no tenían ese apoyo se dedicaban al servicio doméstico librándose de la prostitución; en cambio, para los hermanos existían el ejército, la marina, las leyes, la farmacología, los votos eclesiásticos y diferentes carreras en las que incluso lograban encumbrarse, aunque recordemos que los caballeros ni las damas trabajaban porque hacerlo se consideraba afrentoso y motivo de comentarios sarcásticos.

Estas obras encomian la sabiduría, la sinceridad, el apego a los valores, los modales poco afectados, la defensa de los padres por necios e indiscretos que sean, y tal es el caso de la señorita Bennet a quien su madre avergüenza por costumbre. Alaban la viveza de entendimiento, la suave luna que ayudaba a facilitar compromisos nocturnos. Condenan la arrogancia, la tontería, la banalidad, el egocentrismo, la hipocresía y otras formas de crueldad ridiculizadas en numerosas ocasiones. A Jane jamás se le ocurriría que para hallar la dicha había de cursarse el purgatorio descrito incluso por las más célebres concepciones góticas posteriores como *Jane Eyre* y las tramas de Dickens en las cuales las situaciones desesperadas se resuelven gracias a herencias caídas del cielo y luego de que los espíritus se templaran en fraguas infernales. Nunca excede una dosis de credibilidad. Sus villanos encuentran redención o castigo al soportar matrimonios absurdos o un descrédito que acarrea la lejanía de sus contertulios. Y sus heroínas, incluso las favoritas como Elizabeth a la que siempre llamaba cariñosamente “mi querida niña” dándole la fortuna que probablemente ella hubiera querido, tienen pequeñas y grandes faltas. A menudo todas se dejan perder por el orgullo, el egoísmo, la tendencia a tomar decisiones equivocadas que en la mayoría de los casos se extienden a lo largo de varios capítulos hasta que la luz del sol abri llante la verdad. Abundó en los noviazgos de ensueño y no tanto en las uniones desafortunadas con su pesada carga de tedio. ¿Cómo habrá sufrido el señor Bennet la imparable cháchara de su esposa? ¿O el señor Parker, gracias a las tonterías de su suegra y su mujer? ¿O Carlota al disimular la lambisconería del primo Collins?

Usó hábilmente distintas fórmulas idiomáticas para que cada protagonista se pintara a sí mismo y supo re-

dondear las situaciones con detalles que únicamente una mente muy aguda captaría y que siguen siendo tan válidos como lo fueron en los siglos XVIII y XIX. Aprovechó diferentes fórmulas de estilos epistolares conforme las tendencias de quienes las redactaban. Existe una colección que abarca casi seiscientas cincuenta páginas de cartas coleccionadas, luego de infinitos trabajos, ya que se hallaban en repositorios de museos y universidades, bibliotecas particulares y algunas entraron a subastas públicas. Deidre Le Faye⁴ tuvo la paciencia de rastrearlas y darlas a la imprenta, debidamente anotadas, con estimables índices biográficos y topográficos, aprovechando una primera edición todavía no completa de R. W. Chapman de 1932, otra de 1933 y una más de 1951. Basadas en los dos tomos de Edward Lord Brabourne, de 1884, e incluyen las cinco cartas a la sobrina Fanny Knight, de 1924. Descubren sin lugar a dudas que ese mundo novelístico sería imposible sin la famosa mirada penetrante de su creadora en la que tanto se ha insistido y que a pesar de ello la constreñía a su campiña y a su clase, la alejaban de los acontecimientos que sacudían a Europa y le impedían sensibilizarse con los pobres. Jane Austen es quizás el mejor ejemplo de que el estilo responde a lo que realmente se conoce y se logra rescatar, y de quien deja disfrazado en cada una de sus heroínas algo de sí misma. Si el novio de Cassandra había muerto en las Indias Occidentales, el señor Bigg-Wither logró que al declararse, Jane huyera con él y arrepentida regresara al redil, y un incidente parecido ocurre en *Orgullo y prejuicio* con la frívola Kitty.

En *Emma* dijo: “¡La oficina de correos es una institución asombrosa! ¡Qué regularidad y rapidez!... ¡Es tan raro que haya algún descuido o error! ¡Es tan raro que se equivoquen en el destino de una carta, entre los millares que pasan constantemente por el reino, y supongo que ni una en un millón se pierde del todo! ¡Y cuando se considera la variedad de letras, y de malas letras además, que hay que descifrar, eso aumenta el asombro!”⁵ La caligrafía dibujada constituía un signo de buena crianza y los mensajes se cruzaban con incuestionable rapidez porque eran la manera usual de comunicarse, los corresponsales esperaban ansiosamente las respuestas y los carteros cumplían su afanosa misión. A propósito de lo anterior, precisa explicarse que Cassandra se encargó de guardar el grueso del epistolario con el mismo cuidado que puso para preservar la obra literaria, y tres años antes de su propia desaparición tuvo la ocurrencia de mutilar y quemar pasajes considerándolos confidenciales. Dejó todo como legado a sus sobrinos, pero una

⁴ Deidre Le Faye, *Jane Austen's Letters*, Oxford University Press, Great Britain, 1996.

⁵ Jane Austen, *Emma*, Editorial Lumen, Tusquets Editores, prólogo y traducción de José María Valverde, España, 1996, p. 333.

de ellas, Anna, notó severas mutilaciones cuando se hablaba de las diferencias temperamentales o motivo de discusiones religiosas y políticas entre ambas hermanas separadas durante temporadas debido a las estancias en casas de su amplia familia. Hay quizás una explicación viable desprendida de las novelas donde parejas de hermanas muy próximas parecen compartir hasta las mínimas opiniones. A lo mejor Cassandra procuró que la posteridad mantuviera esa idea por literaria que fuera, aun cuando la cotidianeidad es complicada y a menudo surgen divergencias.

Leídas atentamente estas cartas constituyen también una pintura detallada de la pequeña y alta clase media de la época, ya sin una intención artística, y constituyen un opulento desfile de gente que enriquecía sus paneillos con grandes cantidades de mantequilla, abrochaba mal sus chalecos, reía sin ton ni son, decía necedades aburridísimas o descubría intenciones ambiciosas e insinceras. Leyéndolas se constata nuevamente que fueron la semilla que germinó, en caracteres de primera o relativa importancia, para enriquecer el desarrollo de los relatos; sin embargo, estas líneas al no haber sido redactadas con el propósito de ser publicadas adolecen de momentos descuidados, pero evidencian a Jane como una cazadora que atinaba a traspasar aves en vuelo, rasgos desapercibidos, sin que su malicia irónica le impidiera admirar la belleza y el candor. Conocía sus limitaciones y confesaba que no podía hacer un texto como si fuera poema épico. De ahí que desoyera el consejo de un bibliotecario sobre escribir una historia de la Casa de Cawburgo haciendo cumplidos a la realeza.

Abundan pues las cartas a Cassandra y a otros destinatarios muy cercanos de diferente sexo y parentesco. Empiezan en enero de 1796, es decir, cuando Jane tenía veintiún años y un afán desmedido por las fiestas donde podían encontrarse buenos compañeros o prospectos matrimoniales, a las que asistían *ladies, lords* y demás personas de importancia aunque carecieran de títulos, sin descontar algunas sorpresas que las volvían más estimulantes al verlas descender de sus carruajes dispuestas a prestarle esplendor a las esperanzas de las jovencitas empeñadas en “colocarse” con rapidez. Sin importar que algunos concurrentes abandonaran el lugar los siguientes días. Solían bastar referencias y un intercambio de frases para cimentar compromisos futuros.

Las cartas apuntan también líneas de agradecimiento por el envío de un pavo o de alguna suculencia sustanciosa. Abundan los comentarios sobre el clima y temor a las bronquitis de funestas consecuencias; Marianne y Juana en las novelas estuvieron graves, gracias a las constantes tormentas y lloviznas que si por un lado convierten el campo inglés en un jardín de verdes espectaculares, vuelven indispensables los paraguas y el refugio en casas cercanas para hallar calor desprendido desde los

leños en las chimeneas. Y no se escatiman elogios: “Mi queridísima Fanny. Eres inimitable, irresistible. Eres la delicia de mi vida. ¡Qué cartas tan entretenidas me has mandado últimamente!”⁶ Y luego consejos para que la muchacha no se amargara a causa de un pretendiente que había decidido casarse con alguien más.

Una de las últimas noticias está dirigida a Anne Sharp el 22 de mayo de 1817. Jane habla de la enfermedad que la postraba en cama desde el 13 de abril y de las amabilidades con que la rodeaba su familia, sobre todo su hermana mayor convertida en enfermera abnegada. Si por un lado conservaba claridad mental, por otro se quejaba de fiebres nocturnas, debilidades y fatigas que la volvían un guiñapo, y comenta sus intenciones de ir a Winchester algunas semanas para buscar remedios para restablecerse con un viaje de sólo dieciséis millas y aprovechar un coche confortable enviado desde Steventon por su hermano James, heredero del curato. Al mismo tiempo esperaba que ese esfuerzo no fuera demasiado tardío. Se disculpó por no escribir ya cartas sino dirigidas a sí misma y sintiendo la muerte próxima lamentó el sufrimiento que le causaría a su madre. Dejó además un par de frases conmovedoras agradeciendo a Dios que si ese fuera su destino final le hubiera permitido estar rodeada de tanto afecto por parte de sus allegados. Termina conservando su consabida compostura.

Cinco días después le escribe a su sobrino James que estudia en Exeter College de Oxford. Lo entera de que logra dejar la cama de nueve de la mañana a diez de la noche para sentarse en un sofá, que camina de un cuarto a otro y toma sus alimentos, que la distrajo la visita de su hermano Henry, el sociable que se vanagloriaba de su parentesco, quien se desplazó a caballo bajo la lluvia para verla, y espera a Charles para desayunar juntos. Luego se despide enviándole sus bendiciones. La última carta a Francis Tilson, redactada a los dos días, fue una de las mutiladas, porque mostraba inconformidad con las criadas, dice casi lo mismo que la anterior y sólo introduce una mecedora en la que se sentaba a ratos y nos permite verla arrastrándose en trechos cortos soportando terribles dolencias que procuraba ocultar. ¿Pensaba en George recluido por su incapacidad y lo compadecía? ¿Estaba convencida de que a la “avanzada” edad de cuarenta y dos años ninguna sorpresa la aguardaba sino enfrentarse a la noche eterna?

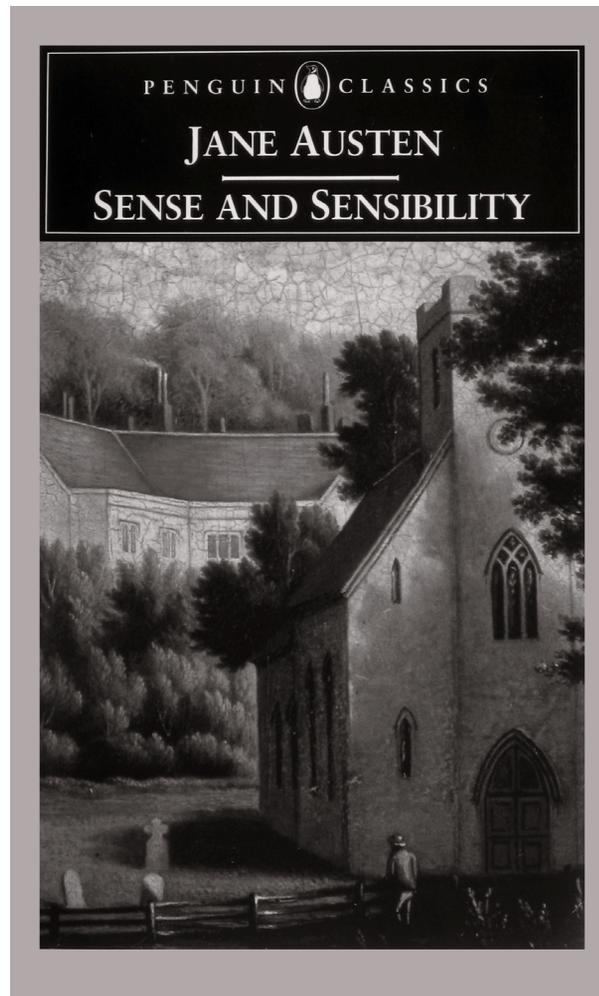
Para el domingo 20 de julio Cassandra se encargó de agradecer las atenciones que había recibido su enferma y comentaba ya su partida. Quizá sea la carta más enternecedora. Encomia el interés que Jane tuvo por cualquier cosa al parecer insignificante, interés que no desapareció ni ante la tumba. Añade: “Perdí un tesoro,

⁶ A Fanny Knight desde Cawton, escrita entre el jueves 20 de febrero de 1817 al viernes 21.

una gran hermana, una gran amiga que no sustituiré. Era el sol de mi vida, el brillo de mis placeres, el consuelo de mis penas. No tengo un solo pensamiento negativo sobre ella y esto ha sido como si perdiera una parte de mí misma... Estoy perfectamente consciente de la dimensión de mi irreparable pérdida... me siento un poco indispuesta, nada que no pase en corto tiempo. Le doy gracias a Dios porque me permitió atenderla hasta el fin... Supo que se moría alrededor de media hora antes, tranquila y aparentemente inconsciente. Durante ese corto tiempo, pobrecita, nos dijo que no podía explicarnos lo que padecía ni comunicarnos la fuerza de sus dolores. Cuando le pregunté sus disposiciones, me respondió: nada y añadió: "Gran Dios dame paciencia, reza por mí, oh reza por mí".⁷ Su voz afectada se volvía casi inaudible. La muerte no convulsionó sus facciones y quedó como una bella estatua a la que Cassandra cerró los ojos. El jueves a las diez de la mañana los restos fueron depositados con la presencia de su familia y algunos amigos en un servicio religioso bastante solemne en la catedral de Winchester, hermoso edificio que Jane admiraba. Reposa en la parte alta de la mansión. Los párrafos responden a mis traducciones muy libres pero el original constata que las fórmulas literarias de las hermanas casi se confunden y eran parte de lo establecido. En una situación de gran tristeza, Cassandra evita las explosiones desgarradas y somete los potros de la pena.

Tal vez ninguna otra novela como *Emma*, que su traductor José María Valverde consideraba la obra maestra de Austen, atestigüe más esta manera de comportarse. Sigue un ritmo despacioso y reconstruye un ir y venir, un salir y entrar, un recibir y despedir personas, un tráfigo casi inagotable. Las conversaciones calcadas a la letra son repetitivas e insustanciales y la tendencia a prestarse las cartas recibidas para leerlas de mano en mano y luego comentarlas dilata el tiempo narrativo porque servían de distracciones en ambientes tan cerrados. Esto consigue atmósferas llenas de prejuicios, normas, cortesías oportunas; pero curiosamente el lector no puede saltarse capítulos y se adapta al juego de ajedrez anunciado desde la primera línea antes de que cada quien encuentre su pareja correspondiente. Emma, la joven que le da título al libro, goza de muchas ventajas y las pone sobre el tapete diciendo: "Yo no tengo ninguna de las acostumbradas motivaciones de las mujeres para casarme. Claro que si me enamorara sería diferente; pero nunca me he enamorado, no es mi manera ni mi naturaleza, y creo que nunca me enamoraré. Y sin amor estoy segura de que sería tonta de cambiar una situación como la mía. Fortuna, no la necesito. Buena situación, no la necesito; importancia, no la necesito; creo que

⁷ Deidre Le Faye, *op. cit.*

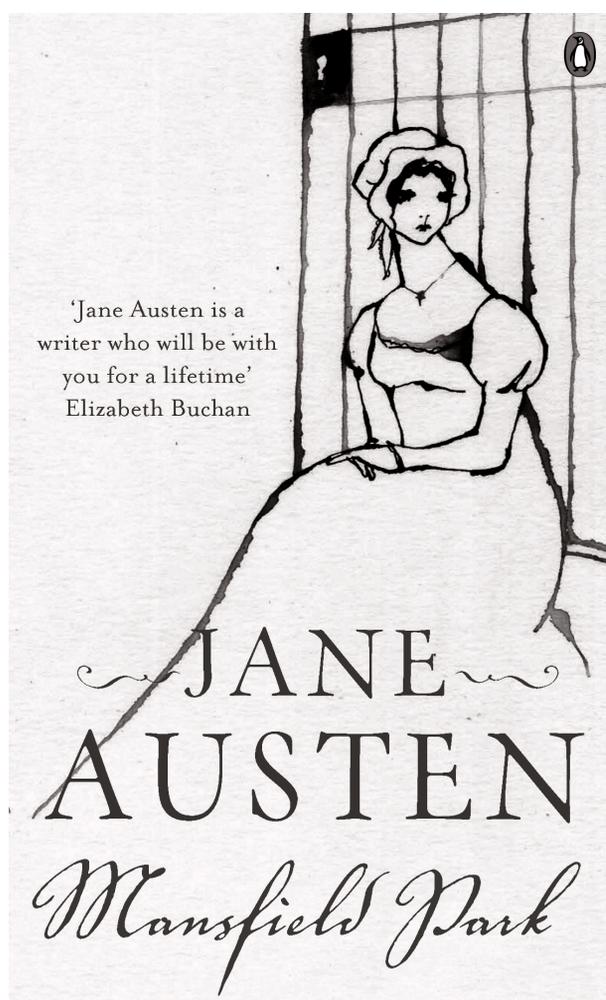


pocas mujeres casadas son ni la mitad de dueñas de la casa de su marido que yo de Hartfield; y nunca, nunca podría esperar yo ser tan fielmente amada e importante, tan la primera siempre y siempre con razón ante los ojos de un hombre, como ante los de mi padre".⁸ Por supuesto hay un giro y luego de doscientas páginas acaba enamorada de alguien digno de sus prendas, que siempre la había querido en silencio, y descubre la pasión poco antes de ponerse el punto final.

A pesar de ser simpática en términos generales, Emma quiere reformar la suerte de amigas pobretonas a las que pretende proteger con nulo efecto y no tenía la modestia como su mejor cualidad; pero al autodefinirse, definía a otras muchachas que no estaban en las mismas circunstancias ni hubieran podido vanagloriarse de ser tan ricas ni tan capaces de elegir su suerte.

Orgullo y prejuicio empieza descubriendo parte del mismo problema: "Es una verdad universalmente admitida que un soltero poseedor de una buena fortuna tiene necesidad de una mujer. Aunque los sentimientos y opiniones de un hombre así sean poco conocidos a su llegada a un punto cualquiera, está tan arraigada aquella creencia en las familias que la rodean, que le consideran como propiedad indiscutible de una u otra de sus

⁸ Jane Austen, *Emma*, *op. cit.*, p. 109.



hijas”.⁹ Entra desde la primera frase a la temática y explica la situación de una familia de cinco hijas condenada a heredar su propiedad a un primo pomposo y lambiscón cuando suceda la muerte del señor Bennet, con lo cual todas quedarán desamparadas y sin techo. Eso disculpa que la esposa con su torpeza intente “situar” a sus muchachas de la mejor manera posible valiéndose de tretas y artimañas, cometiendo impertinencias que están a punto de entorpecer el asunto y que por otro lado describen una situación desesperada. Su mejor apoyo es la belleza de la mayor quien parece haber encontrado ya un buen partido, pero dirige sus baterías hacia la segunda, Elizabeth, a quien pretende enrolar con el heredero primo Collins. No acepta que la joven se niegue a sacrificarse por el pretexto del bien común al preferir probar suerte por otros derroteros, sin que esto implique un despego por su familia cargada de defectos, pero su temperamento crítico, sólido, incapaz de la mentira, orgulloso, con una alta estima, la hacen enfrentar un porvenir incierto.

Dice repetidamente que su hermana mayor nunca encontraba nada malo en nadie y en cambio ella sopesaba los detalles y hasta se inclinaba a sacar conclusiones no siempre acertadas, pero conquistó al señor Darcy, dueño de una gran fortuna, más encumbrado social-

⁹ Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, op. cit., pp. 33.

mente, más austero sí, pero más cargado de virtudes. Lo conquistó haciéndose respetar y defendiendo enconadamente a sus seres amados, apoyada sólo por su inteligencia no demasiado cultivada y el encantador brillo de sus ojos iluminados por lágrimas de indignación o agradecimiento. Se convirtió en la protagonista principal de la obra que le dio a su autora gran renombre y le abrió la puerta al público de los años venideros. El señor Darcy fue el prototipo del hombre que cualquier mujer desearía. Ella dejó que floreciera su amor al ver sus magníficas posesiones, su galería de pinturas, sus obras de arte, sus jardines en los que había riachuelos llenos de peces y bosques donde los pájaros organizaban conciertos al atardecer en parvadas que desaparecían entre los follajes. En cambio, Darcy al imitar al unicornio se postuló ante la virgen para demostrar una firmeza que lo hizo concretar esa unión desigual en todos sentidos. Se casó, olvidando viejas rencillas, con una hermana que estuvo a punto de arruinar la reputación de la familia entera, aceptó pacientemente la monserga de una parentela insufrible y la ruidosa estupidez de su suegra. ¿Quién podía desear más? Sí era guapo, confiable, cortés y brindaba un destino lleno de bienestar. No hay hombre que se le compare como el epítome del galán por excelencia, el arquetipo del marido ideal, romántico, seductor.

Se ha dicho que Catherine Morland, sobre la que giran los sucesos expuestos en la *Abadía*, fue el alter ego de Austen al compartir su misma ironía, su distanciamiento inteligente de lo mundano y por terminar casada con un *clergyman* de excelente cuna y cautivadora apariencia, no obstante que su curiosidad novelera casi echa a perder el entusiasmo que despierta y es víctima de una grosería imperdonable, en parte por prolongar demasiado una visita, en parte por carecer de buena dote. Eso la descartaba como nuera apetecible y, apenas se enteró de ello, su futuro suegro la expulsó de su casa sin ninguna contemplación y sin compañía confiable exponiéndola a graves peligros.

De cualquier forma que se vea, Jane Austen entraña una paradoja. Pasó la vida entera hablando de enamorados dichosos y sólo supo del triste destino de la soltera que no halló la mejor opción posible para las mujeres, ya que las universidades les estaban vedadas y las alternativas de empleos eran llevar una tienda de encajes, coser ajeno o si su hogar no era cómodo y su fortuna raquítica, desempeñar el oficio de institutriz para obtener la seguridad con que contaba una esposa. Vivió cuando todavía no se abrían los editoriales para las escritoras; *The Tatler* y *The Spectator*, periódicos afamados, jamás les hubieran dado oportunidades. Eran impensables las conferencias, las cátedras, las entrevistas. Estaba emparedada. Le quedaba sólo el recurso de permanecer fiel y congruente consigo misma pensando que las bellas artes y el sufrimiento son los mejores maestros. **U**